



Sobre "Huerfanías," de Jaime Quezada

por Enrique Lihn.

Jaime Quezada es uno de los que se quedaron en la casa de la poesía chilena, terremotoada como toda la otra parcela del territorio nacional por esa suerte de gran falla geológica: la raíz del golpe. Un poeta americanista este "Quezada con zeta", "mi quezada gregoriano de conquista". A ejemplo de otros que, por lo mismo, sólo viajan o parecen hacerlo para perfeccionar su territorialidad específica, en el contexto de una "condena a hábito y a cárcel / Y a destierro perpetuo de las indias".

Cuando más joven, el año sesenta y nueve, hizo estudios de arte quiteño, como becario de la Universidad Central del Ecuador. Un arte del que se hicieron eco en Chile nuestros primeros pintores empezando por el mulato Gil de Castro. Luego, el ya amenazado año de 1971, pernoctó en México a donde fuera invitado por la Universidad Central de ese país, como integrante de su Taller de Escritura. Los viajes de formación, parecen haber culminado en la isla de Solentiname; territorio del que fue un olvidado proyecto utópico. Trabajó allí junto a Cardenal, ese cura a quien el Papa sigue mirando con el ceño fruncido. Pienso que la poesía de Jaime recibió de Cardenal en Solentiname —en de los Salmos y de la Hora Cero— "la idea de que el mundo se acaba" en medio de la esperanza brotada del desamparo, los hábitos de la profecía y una especie de fervor milenarista. El aire de

un claustro al aire libre. Una cierta revelación, en suma, sobre sí misma. Que deba agregarle, como suplemento de su humildad, a modo de inspiración, una aspiración por la que elige sus figuras emblemáticas entre los profetas y los santos problemáticos: Job y San Juan de la Cruz.

Huerfanías, el cuarto libro de poemas de Quezada —ha publicado otro de tipo de libros, entre poemario y poemario, sobre Chile, sus leyendas y sus poetas— es, por ahora, "la subida del monte" que permite medir el espacio poético del autor y observar la trama y el revés de la trama de su discurso. Una pieza, acaso completa, de artesanía verbal.

No se puede, en dos carillas, sustanciar una causa poética. Valga, pues, el desorden de unas notas preparatorias. Quezada tipifica el trabajo de

su generación por diferenciarse de las que la anteceden, sin negarlas. Una especie de aventura de la tradición de lo moderno en este país, deliberadamente empeñada en entretenerse con los referentes históricos y lingüísticos "locales".

Valga un ejemplo del poema **Genealogía** —título, como se ve, significativo—: "Botánico fue el primero que a puro nado cruzó la mañana del Bío Bío / y durmió en el lecho de una abuela mía lejana / Que era toda avemaría toda pan: **arrímate mi alma a la olla que tiene peumo**" ... Lenguaje coloquial que, por lo mismo, selecciona las irregularidades del habla y no rehúye, busca lo que ella tiene de común y corriente. Lenguaje intimista que, para nombrar lo propio y valorarlo, deja como en segundo plano la poeticidad como un simple apoyo de la comunicación.

Me parece que la poesía de Parra como antipoesía fue el ejemplo que siguió la generación de Quezada, hasta cierto punto, en el aspecto general acotado por Carmen Foxley en **El discurso de Nicanor Parra y las presuposiciones**: "Poner en contacto lo que se dice en el texto con lo que no se dice, pero que presupone como marco implícito del sentido, y hacer una pequeña operación de inferencia para deducir por qué se lo dice y

qué se **hace** al decirlo, es uno de los aspectos del trabajo de Nicanor Parra "..." que comparte con otros en el espacio de la poesía chilena de hoy".

Igualmente notoria es la diferencia respecto de Parra que aproxima a Quezada a la poesía lírica y/o a Jorge Teillier, mucho más intertextual de lo que parece. Estoy pensando en el arte de combinar la descripción y la emoción en un lenguaje "pobre", de gestulación semántica, en que casi no se hacen figuras de palabras. Ejemplo, de **Salvaje o quédate en tu cama**: "Un hombre con su escopeta y su perro / atraviesa ufano su campo / mueve la cola el perro / y corre en una nube de pólvora tras la liebre".

La fidelidad de Jaime Quezada, en el desarrollo de su poesía a sus ejemplos iniciales e iniciáticos, es parte de su compostura literaria. Del Parra de los **Poemas y antipoesías**, que estuvo cerca de T. S. Eliot, y el poeta de los **Salmos**, quedan huellas en los textos más ambiciosos de **Huerfanías**. Como en **Así son las cosas de arriba como de abajo** donde se sugiere el llamado de Dios en un prosaico ambiente rural. "Parece que suena un teléfono en medio del campo / O un eco de la montaña en la ciudad muerta". Aquí se alude al **Salmo del Individuo** de Parra ("Hago fuego / ordeño la vaca Me siento a ras de suelo a beber un poco de leche pero en la perspectiva del misticismo panteísta mi contenido: "De mi barba cae un pelo (igual / como cae un ciruelo una hoja) a la caliente / y el pelo es en la ché un rayo de sol".

Falta decir que lo que se hizo de estos procedimientos e ingredientes, Jaime Quezada, es una poesía generacional y personal, de registro de calidad. Un tejido otro de las pautas de una artesanía común.

FOTOCOPIAS

\$5

- Ampliaciones ■ Off-Set
- Reducciones ■ Transparencias
- Anillados ■ Escrituras
- Facturación Mensual

Tobalaba 28